

Francisco J. Valverde Brenes

## Lo monstruoso y lo absurdo

**Summary:** *My proposal in this work tries to point out the convergence that exist between the concept of absurdity of Camus and the concept of monstrous of Rafael Angel Herra. Our word, as it is, comes to be unacceptable, said Herra in Lo monstruoso y lo Bello. The world, as it is made, is not bearable, said Camus in Calígula. Two concepts of the world held by two different authors. One describes the absurd through the irrationality of the world; the other describes the monstrous as a consequence of a world that hides itself its own ugliness. The absurd is the man's cosequence of having believed his own truths; the monstrous is the result of the deviation of the filthy invented by man in order to be transferred to the monster, is trustee of all evil. In the daily sphere, the study of the study of the absurdity of the world. The man who hides his horripilations in the created monster, is the man who lives and is part of the absurd of the world, that one who prefers to hide himself from the human suffering, that prefers to blame the unreal monsters thus hiding the real ones.*

**Resumen:** *Mi propuesta en este trabajo intenta poner de relieve la convergencia que existe entre el concepto de absurdo de Camus y el concepto de monstruoso de Rafael Angel Herra. Nuestro mundo, así como es, resulta inaceptable, dice Rafael Angel Herra en Lo Monstruoso y lo Bello. El mundo, tal y como está hecho, no es soportable, dice Camus en Calígula. Dos conceptos del mundo que tienen dos autores distintos. Uno describe mediante la irracionalidad del mundo; el otro, describe lo monstruoso como consecuencia de un mundo que oculta de sí mismo su propia fealdad.*

*El absurdo es consecuencia de haber creído el hombre sus propias verdades; lo monstruoso es el desenlace de la desviación de lo inmundado inventado por el hombre para trasladarlo a la bestia, depositaria de todo mal. En el plano cotidiano, el estudio del monstruo es el estudio de la absurdidad del mundo. El hombre que oculta sus horripilancias en el monstruo creado, es el hombre que vive y es parte del absurdo del mundo, que prefiere ocultarse al sufrimiento humano, que prefiere echarles la culpa a los monstruos irreales, encubriendo los verdaderos.*

### Introducción

Existe un común denominador entre el concepto de absurdo que usa Albert Camus y el concepto de monstruoso que emplea Rafael Angel Herra en su libro *Lo Monstruoso y lo Bello*, aun cuando el autor advierte que el sentido con que trata de definir lo monstruoso debe interpretarse como meras "descripciones y presunciones".<sup>1</sup> Esta relación es la que intentaré exponer en el presente escrito delimitando primero cada uno de los conceptos en la obra de estos dos autores. Consecuentemente, veremos "el absurdo camusiano" y posteriormente "lo monstruoso" en R.A. Herra, para terminar ofreciendo los aspectos en que evidencian su convergencia dentro de la cotidianidad de los hombres. Aunque esta conexión no aparece explícita, se puede determinar en la preocupación de estos agudos pensadores que han contemplado a la humanidad más resentida que nunca por los secuelas que resultarán a partir de la presencia de estos fenómenos.

## Lo monstruoso

El hombre se ha acostumbrado a vivir con un chivo expiatorio a sus espaldas que le sirve para depositar en él todo cuanto de maldad hay dentro y fuera de su propio ser. Este chivo expiatorio toma nombres y figuras diversas, pero en el conjunto histórico sólo sobrevive el mito del monstruo. El monstruo es el mal, el hombre es el bien o su mejor representación. Bien y mal sin importar su ejemplificación dentro de cualquier campo: religioso, cultural, artístico, estético, o sencillamente, social. Pero no hablamos de nada abstracto, sino todo lo contrario, porque ese es precisamente el artificio que va a convertir al monstruo en chivo expiatorio: será concreto, será corpóreo, tendrá características propias del mal, y siempre y en todo momento, o es imaginario, o es ficción encarnada en la realidad contraposición que se opone a toda lógica moderna en pro de una dialéctica del engendro:

“Si uno logra estructurar un fantasma del mal y darle cuerpo preciso, entonces se dota con ello de cierta reserva fetichista que le permite reconocerse del lado del bien sin reservas, en cualquier situación, entre individuos concretos”.<sup>2</sup>

Estar del lado del bien es lo que conviene al individuo, y lo que buscará incesantemente; ocultarse detrás de aquella creación y ocultar todo lo malo que encierran los yerros humanos es el primordial objetivo del monstruo.

“Gracias al monstruo, al principio ético, los hombres se sienten a salvo del mal: la destrucción corre por cuenta de las bestias, y el monstruo aparece entonces engañosamente, en vez del hombre, como inventor del mal con sus actos”.<sup>3</sup>

De las entrañas del monstruo saldrá únicamente mal, o mejor, en las entrañas del monstruo depositaremos únicamente mal, todo el que hagamos, y le inculparemos como el detractor del bien, bien paralelo a nuestra existencia, con el cual defendemos una *pretendida inocencia* que nos permitirá vivir con la cabeza alta sin ocuparnos de cualquier depravación en que incurramos. Somos a partir de ese momento, parte del bien, parte de los elegidos a la felicidad, no nos sentiremos más bajos porque hay una bestia que nos supera en bajeza, no seremos tan miserables ni inhumanos o subhumanos porque hay un monstruo que lo con-

tiene todo, y a la par de aquel somos palomas inocentes; la bestia es la culpable de toda la subhumanidad posible, nosotros sólo somos adversos a ella como figuración del bien o del menos mal. Es significativamente *tranquilizador oponerse a un bestiarium*.

La psicología moderna nos ha demostrado que, generalmente, el individuo proyecta y juzga por todo lo malo que se concentra en él. El ladrón condena a sus próximos como ladrones, y se cuida de ellos, sin detenerse a considerar su propia situación moral. Mis peores vicios son los que condeno en los demás, mis peores defectos son los que no soporto en los demás. Yo me opongo a los demás en tanto que ellos se parecen a mí; soy yo frente a una imagen de mí mismo, como cuando me enfrento al espejo, sólo que en tales circunstancias, quien se enfrenta y se soporta es el narciso, que siempre se verá bello a pesar de su fealdad. En el caso contrario, no nos atreveremos a mirarnos, antes bien diremos que la figura que se refleja no es nuestra sino de alguna visión maledicente, de alguna bestia infernal que nos ha quitado la verdadera belleza. Creamos un monstruo cuando no resistimos mirarnos de frente, cuando nuestra maldad sólo es manejable mediante la bestia, a quien terminamos culpando de todo mal existente, de todo mal emanado del interior y exterior nuestro<sup>4</sup>.

“...el otro, como un espejo, evidencia mis vicios, mi horror, pues yo me desprendo de su semblante especular. Pero también me resisto, y maldigo mi duplicación, ya que toda duplicación identificatoria me descalifica y provoca respuestas destructivas en mí. El monstruo es mi doble...”.<sup>5</sup>

El monstruo es un doble nuestro, creado especialmente para ser recipiente de lo que no es soportable de la propia persona. Semejante proyección es tranquilizante y relajadora: ¡pensar que todo lo malo es y está en la bestia y no en nosotros! ¡Cuánto alivio representa que culpemos al monstruo de lo sucio e inmoral que haya en nuestro interior!

Por lo cual, el objetivo del monstruo se centra en *efectos de desculpabilización*:

“El monstruo es sucio, se alimenta de inmundicias, puesto que es un sucio símbolo de descargo, el basurero moral, el hombre-animal-y-fantasma que devora mis basuras morales.”<sup>6</sup>

Pero ante cualquier reserva, ese monstruo sucio e inmundico, se tolera, como se tolera ver al miserable

morir de hambre o vivir subhumanamente, será cuestión de detener cualquier disgusto de asco que nos provoque. Al monstruo es posible verlo de frente porque es exterior al individuo, es exterior a cualquier consideración nuestra: es el otro, lo otro, y en ellos está permitida toda carroña moral.

Cuando hablamos de lo otro, hacemos notar indirectamente una característica propia: lo otro es también lo que es distinto de mí, por lo cual, lo monstruoso deberá incluir lo desigual, lo diferente, lo contrario o divergente: "...todo aquello que se resista a mis fuerzas o al control social..., lo monstruoso es lo diferente, el horror a las diferencias".<sup>7</sup> Aquí hay que circunscribir toda subhumanización indeseable o detestable a mis ojos; cualquiera que entre en este estereotipo encajará como parte de lo monstruoso para bien de mi *buen conciencia*. Con este calificativo, habrá que humanizar lo deshumanizado, pero ante el horror se le destruye sin remordimiento alguno; es un monstruo lo que aniquilaríamos, no hay culpabilidad en ese acto; al contrario, manifestamos complacencia y creemos estar haciendo algo bueno y necesario, "la brutalidad contra las bestias es bene-factora".<sup>8</sup>

En cualquier sociedad donde el monstruo sea circunscrito como lo extraño, su destrucción es premiada y vista con beneplácito. De otro modo, deberá ser canalizado en alguna de las artes para que pueda contemplarse con más tranquilidad de conciencia. Esto sería lo transcrito: horrores modernos insoportables, como guerras o miseria, trasladados al bestiario común, social, más fácil para resistirle de frente, y creado especialmente para hacerle aceptable.

"A partir de ahí se dispone a aferrarse a cualquier cosa; a vivir de quimeras, a dejarse cautivar por superhéroes ficticiales y figurones de carne y hueso que verifiquen o aparenten cuanto su espíritu ablandado considera imposible".<sup>9</sup>

El monstruo viene a ser receptor de cuanto desvío humano se produzca, de todo lo erróneo que el hombre cometa, de toda impertinencia de sus deseos, de toda irresponsabilidad que no queramos aceptar. El monstruo es la inmundicia creada por los fallos humanos que se ocultan tras la bestia para hacerlos más viables, más permisibles, o más disimulados a los ojos de quienes no queremos que nos descubran.

"...crea en particular lo monstruoso imaginario para distraer la atención de las parcelas de sí mismo y de la rea-

lidad material y social que ha llegado a monstrificar verdaderamente"<sup>10</sup>

Semejante irresponsabilidad, dirigida al propio monstruo y hacia el monstruo creado, es ejemplificante para la conciencia desde que encuentra en él el chivo expiatorio por el cual desculpabilizará sus actos externos e internos; es una máscara que se cuelga quien juega a no reconocerse o a no querer reconocerse: "Cada ser excepcional constituye un principio de desculpabilización".<sup>11</sup> De tal manera, ellos engendrarán el descargo del mal que producimos, asumiéndolo o combatiéndolo, pero estará allí, especialmente para culparle de toda la degradación existente y por existir. ¿Cuál conciencia no quedaría satisfecha cuando se nos ofrece gratuitamente cantidad tan apreciable de indulgencias? ¿Y si fuera el caso que nosotros mismos creáramos el mecanismo de descargo? Para tal efecto el resultado sería el mismo, *el autoengaño tranquiliza moralmente* al individuo. Reconoce Rafael Angel Herra que existe una duplicidad en el hombre, donde este genera remordimientos por culpas habidas, pero también origina al mismo tiempo el mecanismo de autoengaño, por medio del cual conseguimos la preciada inocencia; *la ambigüedad existe, sin duda*.

"Gracias al artificio de autoengaño el hombre puede sentir, aunque sea vagamente, que no se ha hecho a sí mismo tan destructor como lo denuncia su historia. Al fin y al cabo hay seres más destructores, y estos seres monstruosos se estructuran en sus repliegues imaginarios como fantasías que calman la ansiedad".<sup>12</sup>

Decía el texto bíblico en una de sus parábolas sobre el fariseo que rezaba de pie en el Templo: "¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano (que estaba a la par orando hincado)" (Lc. 18,11). El hombre no reconoce en él la maldad si no la traslada a otro, y ese otro es aquel que termina por monstrificarse. El otro es el que destruye porque su destrucción es más grande que la mía, la mía es soportable o..., ninguna.

"Gracias a tantos seres artificiales vagando por ahí, me doy la ilusión de no pertenecer a la estirpe de criminales autoelegidos..."<sup>13</sup>

Pero el monstruo cumple también otra función primordial en el decoro social: el monstruo puede

ser querido o amado. Este efecto se produce cuando no hay posibilidad de amar al otro, cuando ese otro está catalogado como subhumanizado y no tiene forma alguna de humanizarse. Ante tal disconformidad creamos al buen monstruo y nos resulta más objeto de amor que los otros seres *a quienes se ha suprimido ya del derecho a la humanidad*.

"Es preferible el cariño empobrecido hacia seres ficticios que obligarse a materializar a un ser humano con las polarizaciones del caso y correr el riesgo de contaminarse de subhumanidad..."<sup>14</sup>

El autoengaño trabaja de tal modo que no nos deja ver (olvidándolo, suprimiéndolo o fingiéndolo) al verdadero monstruo, al real, y cada vez se nos hace más detestable y horroroso conforme nos acostumbramos al mecanismo. En ese momento se nos da amar, querer algo, y ese algo por lo general tendrá vestigios de irreal necesariamente, pues lo otro no encuadra más que en lo monstruoso. Así, o amamos al buen monstruo, al monstruo menos malo, o nos volvemos narcisos, proyectando ese amor imposible hacia nosotros mismos, dentro del mismo complaciente autoengaño.

Rafael Angel Herra concluye su intento de clarificar lo monstruoso, diciendo que sólo el héroe en la historia ha logrado destruir a sus monstruos como un signo mítico de autoconocimiento. De esta manera, el monstruo cumple también una función especialísima en la vida social: no obstante todo lo que se dijo de la bestia, podemos pensar que era indispensable su creación por parte de los hombres. La historia mítica griega nos enseña que la mayoría de los héroes que vencieron las terribles pruebas, identificadas por temibles monstruos, llegaron al esplendor de su vida y se situaron como dioses dentro de la divinidad<sup>15</sup>. Esta interpretación ha sido introducida por C.G. Jung<sup>16</sup> y en nuestro medio fue recogida por Leticia Valverde Barrenechea en uno de sus artículos.<sup>17</sup> Los monstruos deben ser vencidos por el hombre para que éste constate y asuma su destino, además de estar preparado para rechazar a todos los venideros. Sobre esta alegoría, R.A. Herra hace un análisis fenomenológico del grabado de A. Durero: *El caballero, el demonio y la muerte*.<sup>18</sup> Y paso a paso muestra las etapas por las que el caballero debe andar para vencer a sus monstruos y llegar a su destino; ejemplo singular de aquel que triunfa sobre las bestias.<sup>19</sup>

## El absurdo camusiano

Albert Camus presenta una visión especial de cuanto nos rodea: el hombre y su mundo.<sup>20</sup> Siendo él un pensador de post-guerra, recibe todas las influencias nefastas de su tiempo: dos guerras mundiales y el desgarrar de los hombres por sobrevivir. *El mito de Sísifo* es el principal ensayo sobre el absurdo. Para él, este mundo es extraño, no concuerda con aquel que supone valores humanos, no es entendible tal y como se nos muestra; la ciencia trata de explicarlo, y para Camus tales intenciones solo producen *poesía*, pues por más que lo intenten, los hombres siguen actuando como si nada importara. Camus se topa con una humanidad que enfrenta la ausencia de toda razón para vivir; con hombres que en sus ajetreos insensatos pierden la visión horizontal del prójimo; con semejantes que sufren inútilmente a vista y paciencia de los demás. El hombre ha extraviado el verdadero sentido del vivir, se ha divorciado de la propia vida: este es el sentimiento del absurdo camusiano que resaltaré<sup>21</sup>; un sentimiento especial que no tiene paralelo en la historia. El mundo es absurdo porque no se puede comprender razonablemente, todas las explicaciones son ilusorias y la historia de la humanidad está llena de ellas. Es un mundo donde reinan la contradicción, la angustia y la impotencia. Pero el absurdo de todo cuanto nos rodea, se centra en el grito desesperado del que sufre, del llamamiento humano contrastado en el silencio irracional de quienes le oyen: el mundo. Nos afirma H. Zucchi: "Una tierra que 'desarraiga, somete y mata a más de setenta millones de hombres', no puede dejar indiferente al resto. La sensación de inestabilidad; el horror y la angustia, no son invenciones antojadizas de los filósofos."<sup>22</sup>

El hombre, partícipe de este absurdo, tiene dos alternativas: hacer que reine el absurdo, huyendo de él, o el suicidio. (Sin que deje de significar lo primero igualmente un suicidio, porque rechazar el absurdo, no verlo claro y racional, es también un suicidio potencial de la raza humana.) El tercer elemento lo propone Camus con su *hombre absurdo* o el *hombre rebelde*,<sup>23</sup> única coherencia de que dispone.

El absurdo incluye querer algo que cercena la dignidad del hombre a cambio de vacilante felicidad; que solamente actúe bajo intereses propios sin importar las consecuencias, sin reconocer a quienes destruyó para llegar donde quería, y al final del trayecto, no haber conseguido nada especial. Es la

contradicción plena del ciego que camina a tientas en un mundo donde todo está permitido. Dice Calígula cuando intentaba darle importancia a la vida y es reprochado por su intendente sobre sus deberes para con el Imperio:

“Escúchame bien, imbécil. Si el Tesoro tiene importancia, entonces la vida humana no la tiene. Eso está claro. Todos los que piensan como tú deben admitir este razonamiento y considerar que su vida no vale nada, ya que para ellos el dinero lo es todo.”<sup>24</sup>

Si el Tesoro tiene importancia, lo que hagamos por él no tendrá límites y la vida humana se pierde en ese absurdo. Calígula se da cuenta de que los hombres tienen sus intereses puestos en sus propios progresos, sin importar cuánto pueda implicar tal actitud; intenta cambiar su reino pero tropieza con posturas incoherentes con la vida y con el amor. Por eso decide llevar el absurdo a sus últimas consecuencias,<sup>25</sup> mientras espera que lo imposible pudiera salvarles. Calígula me parece ejemplificante como paradigma del hombre que intenta cambiar su mundo y no lo logra, pero deja expuesto hasta dónde el absurdo puede llevarlos de continuar su proyección.

En *El Extranjero* se expresa la grande y dulce indiferencia del mundo hacia los que viven en él. Meursault es acusado de un asesinato y sentenciado a muerte, le mandan un capellán para que acepte su culpa por segunda vez consecutiva, para que consienta el mundo en que vive con todo y razones que conlleva; le piden ser parte de la irracionalidad del mundo, a lo cual él contesta:

[Acerca del capellán] “Parecía estar tan seguro ¿no es cierto? Sin embargo, ninguna de sus certezas valía lo que un cabello de mujer. Ni siquiera estaba seguro de estar vivo, puesto que vivía como un muerto. Me parecía tener las manos vacías. Pero estaba seguro de mí, seguro de todo, más seguro que él, seguro de mi vida y de esta muerte que iba a llegar. Sí, no tenía más que esto. Pero, al menos, poseía esta verdad, tanto como ella me poseía a mí.”<sup>26</sup>

No podía creer Meursault en vidas eternas ni tampoco en arrepentimientos, cuando miles de hombres han pasado por el mismo suplicio y no han tenido más que el consuelo de un mundo absurdo. Él, cuando menos, estaba seguro de lo que poseía; los demás, con todo y sus verdades, no le podían demostrar ninguna. Por supuesto, estima, parte del irracional del mundo era la religión, en

especial el cristianismo, que induce al hombre a creer en un dios sordo,<sup>27</sup> en un dios que no va a responder al grito de dolor humano, y que con frialdad de piedra, mirará incommovible cómo se consumen los hombres pidiendo favores a quien nunca responderá. Los dioses son más dichosos porque enfrentan la irracionalidad donde ésta no puede tocarles, donde queda sólo para los hombres.

*Ha bastado el dolor para transformarlo todo*, dice uno de los personajes de la obra de teatro de Camus, *El Malentendido*. Ha bastado ver morir a los hombres para entender que algo no funciona bien; es la muerte la que hace pensar que se debe optar por lo imposible, *sólo es la señal que me hace necesaria la luna*, dice en Calígula. No puede haber tranquilidad cuando los hombres sufren y mueren, no se puede amar cuando existen las injusticias; comenta Rieux en *La Peste*: “Yo tengo otra idea del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados.”<sup>28</sup> Esta es la mayor preocupación de Camus, el sufrimiento humano y la muerte irracional; *este mundo, tal como está hecho, no es soportable*, dice Calígula, por esto necesitamos la luna, la inmortalidad o algo parecido, de lo contrario no nos queda más que decidarnos por los hombres, aquellos que sí tenemos a la par, que vemos sufrir y morir, y no por lo invisible o lo alejado de este mundo.

Todo busca y parece agrandar la mentira de la irracionalidad: “la [verdad] vuestra da importancia a los seres y a las cosas..., es lo que no puedo perdonaros”, “...todo a mi alrededor es mentira, y yo quiero que vivamos en la verdad”, dice Camus en labios de Calígula;<sup>29</sup> esa verdad le vuelve ateo porque forma parte de lo irracional. Los hombres se dejan morir por semejante creencia: creer en un dios que no se manifiesta al hombre, que no le escucha ni le brinda la ayuda que se supone debe dar, es absurdo. Esta fue una de las búsquedas más afanadas del personaje Calígula -de la obra del mismo nombre-, necesitaba demostrar lo imposible al darse cuenta de que todo finalizaba con la muerte. Por esto buscaba la luna, y durante toda la obra la espera: “si te trajeran la luna, todo cambiaría, ¿verdad? Lo imposible resultaría posible y al mismo tiempo, y de una vez, todo se transfiguraría”,<sup>30</sup> se dice a sí mismo. Era necesario poder alcanzar lo imposible para que todo en lo que cree el hombre no se desplome con el sabor de la muerte.

"Nos han estafado, ya se lo dije. ¿Para qué esa gran llamada del ser, esta alerta de las almas? ¿Para qué gritar hacia el mar o hacia el amor? Es irrisorio. Su marido conoce ahora la respuesta, esa morada espantosa donde al final estaremos apretados unos junto a otros."<sup>31</sup>

La estafa consiste cabalmente en ocupar nuestro tiempo en contemplaciones piadosas, que no tendrán efecto alguno en los procesos diarios de muchos de nuestros semejantes. Si queremos buscar la playa soleada, el país de nuestros sueños y descansos, necesariamente debemos dar la espalda a la propia patria con todo y sus sufrimientos *pestíferos*. Volvemos de granito al igual que la estatua, fríos e inconsecuentes con el dolor ajeno, deificar la apariencia dentro de un idealismo irracional. Buscar la felicidad es huir a la muerte que enfrentan muchos y que podemos enfrentar nosotros. Es cegarse con la luz del sol.

### Lo monstruoso y lo absurdo

Nuestro mundo, así como es, resulta inaceptable, dice Rafael Angel Herra en *Lo Monstruoso y lo Bello*. El mundo, tal y como está hecho, no es soportable, dice Camus en *Calígula*.<sup>32</sup> Dos conceptos del mundo que tienen dos autores distintos. Uno describe el absurdo mediante la irracionalidad del mundo; el otro, describe lo monstruoso como consecuencia de un mundo que oculta de sí mismo su propia fealdad. El absurdo es consecuencia de haber creído el hombre sus propias verdades; lo monstruoso es el desenlace de la desviación de lo inmundo inventado por el hombre para trasladarlo a la bestia, depositaria de todo mal. En el plano cotidiano, el estudio del monstruo es el estudio de la absurdidad del mundo. El hombre que oculta sus horripilancias en el monstruo creado, es el hombre que vive y es parte del absurdo del mundo, que prefiere ocultarse al sufrimiento humano, que prefiere echarles la culpa a los monstruos irreales, encubriendo los verdaderos. El hombre que vuelve la espalda al dolor es el que está convencido de que los otros sufren porque son parte distinta, diferente de su propia estirpe. Cuando acontece la muerte en algún país del Tercer Mundo, se le ignora y se le trata como lo otro, es el monstruo tercermundista que nos causa horror por toda la pestilencia que acarrea. Este autoengaño es también la irracionalidad de los hombres que Camus reprocha al mundo. Dice en *Calígula* el personaje del mismo nombre:

"Sin embargo sé, y tú también lo sabes (*frente al espejo tiende sus manos llorando*), que bastaría que lo imposible exista. ¡Lo imposible! Lo he buscado en los límites del mundo, en los confines de mí mismo, he tendido mis manos (*gritando*), tiendo mis manos y eres tú lo que encuentro, siempre tú frente a mí, y estoy lleno de odio hacia ti... Helicón no vendrá; ¡seremos culpables para siempre! Esta noche pesa tanto como el dolor humano."<sup>33</sup>

Esta misma semblanza se encuentra en *Lo Monstruoso y lo Bello*, cuando se escribe: "Y yo me sorprendo frente al espejo. El rostro más difícil de identificar es el más importante, el menos benévolo, el nuestro..."<sup>34</sup> Sólo que Calígula sí se dio cuenta de ese rostro y aceptó el absurdo que conllevaba su propia realidad; la otra cara hubiera sido que crease un monstruo al cual pudiera trasladar todos sus yerros. El temor del hombre es el otro porque funciona como el espejo para Calígula; el primero lo monstrifica, el segundo lo reconoce.

Para Camus, el hombre solamente se realiza concienciando el absurdo en que vive, para luego asumirlo, luchando en el absurdo mismo pero contra el absurdo. De otra forma no es posible convivir en el mundo tal y como está. Para el hombre que crea el monstruo, debido a que piensa de igual forma acerca de la imposibilidad del mundo como se nos muestra, se hace necesaria la bestia para que nos sirva de redentora; el único problema es que con ello no resolvemos nada, sólo lo encubrimos mediante el autoengaño. Para Camus, este hombre sería el que vive en el absurdo y se convierte en integrante consentidor de ese absurdo; el que busca su felicidad a costa de dar la espalda a miles que mueren. De todas formas existe para él el monstruo que lo recobra de semejante trance, le alivia su penosa culpa y le redime cual buen confesor. El hombre del absurdo crea también bestias para tratar de restaurar su buena conciencia; la angustia humana se le convierte en un trago amargo y cada día el espectáculo del mundo se ofrece más deprimente, si el camino no es asumir el absurdo y en su propio terreno combatirlo, lo otro es crear un bestiario que *cargue con todo lo horrendo del mundo cotidiano*. Y esa es inevitablemente la irracionalidad de la que nos escribe Albert Camus: "El salto en todas sus formas, el precipitarse a lo divino o lo eterno, el abandonarse a las ilusiones de lo cotidiano o de la idea son otras tantas pantallas que ocultan lo absurdo."<sup>35</sup>

El desenlace ocurre justamente cuando el hombre del absurdo -que se mantiene indolente dentro de la irracionalidad del mundo, aumentando su absurdidad y enmascarándola al no comprender el absurdo en que vive- necesite crear algún mecanismo que pueda canalizarle toda la angustia y desesperación que le produce vivir para la irracionalidad. Camus hace notar en el *Mito de Sísifo* que este hombre está tendiendo al suicidio como medio de desculpabilización. Sin embargo, Rafael Angel Herra describe precisamente el artificio que ha utilizado con mayor fortuna a través de la historia tanto el individuo como la sociedad, por el cual proyectan todas sus culpas y miserias hacia lo monstruoso, y así evitar el suicidio.

El hombre del absurdo no tiene por qué preocuparse más, posee ahora el chivo expiatorio que le permite, al estilo de las famosas indulgencias de la Edad Media, ser parte de la irracionalidad y no sentir por ello inquietud ni remordimiento alguno. El hombre del absurdo también crea monstruos para no tender al *suicidio*;<sup>36</sup> tal vez no siga teniendo sentido la vida, pero ahora la vive más tranquilamente: el bestiario es regocijantemente tranquilizador. El hombre del absurdo oculta su absurdidad en lo monstruoso, su preocupación ha terminado porque no se le puede culpar más de la irracionalidad, pues aquella es producto de las bestias, del monstruo, ficticio o subhumano; *lo otro* será siempre quien posea el horror de la miseria y de la inmundicia. ¡Cuán bien funciona el autoengaño, cuán admirable ha de ser quien por primera vez lo utilizó, y mejor aún, lo extendió!

*El monstruo carga con todo lo horrendo del mundo cotidiano*, con toda la absurdidad *de la cotidianidad* del mundo. El efecto liberalizador es estremecedor, ¿pero cuánto durará esa paz artificial para que deje entrever los horrores que oculta *un mundo en crisis* y sobresalga la irracionalidad nuevamente? ¿Hasta dónde la bestia-recipiente, que como tanque séptico acumula la inmunda putrefacción, podrá aguantar su nivel de miseria? ¿Cuántas sucias conciencias de hombres del absurdo cabrán sin que su propia maloliente maldad sobresalga?

“Gracias al artificio del autoengaño el hombre [*del absurdo*] puede sentir, aunque sea vagamente, que no se ha hecho a sí mismo tan destructor como lo denuncia la historia. Al fin y al cabo hay seres más destructores, y estos seres monstruosos se estructuran en sus pliegues imaginarios como fantasías que calman la ansiedad”.<sup>37</sup>

## Notas

1. Herra, Rafael Angel: *Lo monstruoso y lo bello*, Editorial Universidad de Costa Rica, San José, 1988, pág. 24.

2. *Ibid.*, pág. 26.

3. *Ibid.*, pág. 26.

4. Sobre el tema, que implica una lucha a muerte con la ficción del monstruo, véase la novela de R.A.Herra: *La guerra prodigiosa*, Editorial Costa Rica, San José, 1986. En ella se notará más claramente el enfrentamiento demonio - santo, realidad - irrealidad; así mismo, la pseudo-necesidad muy bien arraigada de caminar por el mundo con un monstruo a nuestro lado.

5. *Ibid.*, pág. 29.

6. *Ibid.*, pág. 31.

7. *Ibid.*, pág. 32.

8. *Ibid.*, pág. 33.

9. *Ibid.*, pág. 36.

10. *Ibid.*, pág. 38.

11. *Ibid.*, pág. 47.

12. *Ibid.*, pág. 53.

13. Cf. *Lo monstruoso y...*, pág. 53

14. *Ibid.*, pág. 58.

15. Sobre el tema cf. Ruiz De Elvira, A.: *Mitología clásica*, Editorial Gredos, Madrid, 1975.

16. Véase C.G. Jung: *Símbolos de transformación*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1982.

17. Cf. Valverde B, Leticia: “El Mito heroico, expresión arquetípica de la búsqueda del sí mismo”. En: *Kañina, Rev. Artes y Letras*, U.C.R., Vol. XI, 1987, págs. 139-145.

18. Cf. *Lo monstruoso y...*, pág. 153 s.

19. “...el hombre sobre cuyas espaldas se eleva el porvenir es aquel que sólo dominándose a sí mismo obtiene las fuerzas y el valor para enfrentarse al mal: derrotar a los monstruos es en primer lugar vencerse a sí mismo”. *Ibid.*, pág. 187.

20. Para mis propósitos entenderé por “mundo” la conjunción de hombres que conviven cotidianamente en medio de actitudes absurdas; concepción que no incluye el enfoque cósmico, porque también el mundo cósmico puede ser absurdo cuando se producen “catástrofes naturales que sumen en el dolor a inocentes, a niños, a seres débiles; eso es horrendo, misterioso e inexplicable” (Mas Herrera: “Algunos márgenes de la condición humana”. En: *Rev.de Filosofía U.C.R.*, XXVIII (67-68), 107-111, 1990), y cuando advertimos dentro de la lucha de las especies una desconcertante azarosidad llamada eliminación natural (Cf. Skutch, A.: *El ascenso de la vida*, Ed. Costa Rica, San José, 1991). De cualquier manera que se vea, es el hombre cotidiano quien genera ese sentimiento y esa confrontación, y a partir de él surge la reflexión de los estados irracionales del mundo cósmico. Por esto es que no me va a interesar resaltar la posición de Camus cuando habla de la tensión que existe entre mundo cósmico y hombre, sino entre mundo

(sociedad, civilización, humanidad, raza, cultura, etc.) y el hombre cotidiano.

21. Es la interpretación que me interesará, pues Camus afirma en el *Mito de Sísifo* que el absurdo no se agota haciendo una enumeración completa de sus sensaciones (nota de la pág. 24, op.cit.).

22. Cf. Zucchi, H.J.: "Límite y medida en Camus". En: *Revista de Filosofía de la Universidad Nacional de la Plata*, #19, págs. 7-22, 1967.

23. Cuando menciono al *hombre absurdo*, entiendo aquel que asume el absurdo; mientras que para *hombre del absurdo* entiendo aquel que oculta el absurdo huyendo de él y permitiendo que siga reinando.

24. Camus, Albert: *Calígula*, Editorial Alianza Losada, Buenos Aires, 1989, pág. 25.

25. "¡El amor, Cesonia! (...) He aprendido que no es nada. El otro tiene razón: ¡el Tesoro Público! Lo oíste, ¿verdad? Todo empieza con eso. ¡Ah, por fin voy a vivir ahora! Vivir, Cesonia, vivir es lo contrario de amar. Te lo digo yo y te invito a una fiesta sin medida, a un proceso general, al más bello de los espectáculos." Op. cit., pág. 30-31.

26. Camus, Albert: *El Extranjero*, Editorial Alianza, México, 1989, pág. 140.

27. Cf. en *El malentendido* (op.cit.) el personaje al que Camus nombra como *el viejo criado*, su papel es ser sordo e indiferente ante los sucesos que se suscitan. Al final de la obra se da a conocer como dios cuando María le invoca y él se le niega.

28. Cf. Camus, Albert: *La peste*, Editorial Sudamericana S.A., Buenos Aires, 1981, pág.171.

29. *Calígula*, págs. 18-19, 27.

30. *Ibid.*, pág. 78.

31. Camus, Albert: *El malentendido*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, pág. 93.

32. "El mundo donde vivo me repugna, pero me siento solidario con los hombres que en él sufren." *Moral y política*, pág. 134. Cf.ob.cit.

33. *Calígula*, pág. 111.

34. *Lo monstruoso y...*, pág. 28.

35. *El mito de Sísifo*, pág. 100.

36. Sobre el tema cf. *El mito de Sísifo*, principalmente en su primera parte.

37. *Lo monstruoso y...*, pág. 53.

Francisco Javier Valverde Brenes  
Apdo. 50-4200, Naranjo  
Alajuela, Costa Rica